

Carta para la lamprea

Esta es una carta que no tiene receptor.

Esta carta no va a ser enviada.

La persona a quien se podría dirigir no existe.

Aunque a veces, muy a menudo, sueño con aquella persona.

Con esa que no existe.

Con ELLA.

Contigo no.

Tú eres un ser horrible.

Un ser desconocido y atroz.

La carcasa vacía de alguien irreconocible.

¿En qué lugar? ¿Dónde se encuentra mi persona amada?

Levanto interrogantes frente a la extensión de dolor que has tornado.

Dice Ciorán que las obsesiones expresadas quedan debilitadas y superadas a medias.

Por eso te escribo.

No a ti, claro, sino a aquella que creí que eras.

A la persona que no existe.

A esa que quizá sólo existió en mis ojos.

Fue quitármelos y todo se esfumó:

Tu belleza.

Tu credibilidad.

La posibilidad de un nosotros.

[...]

Llevo muchos días sin llorar.

[...]

Y recuerdo.

Recuerdo que hace un mes me suplicabas volver:

«te estoy rogando,

trata de confiar en mí,

lo hago por los dos».

Utilizaste palabras poderosas:

«*Je t'aime*», mintiendo en francés.

«Necesito que sepas lo importante que eres para mí», afianzando tu embuste.

«Buenas vacaciones, amor», bisbiseando de crueldad.

Regresé de vacaciones y no tenía ninguna opción.

Cuando regresé, estaba muerto y enterrado.

Diez días estuve de vacaciones.

Diez días en los que me apagaste con la indolencia del verdugo.

[...]

Y puedo verte en aquellos días de desconcierto.

La tierra prefigurando la soledad, besándote con otro en el parking.

Humillando la mirada mientras yo demandaba explicaciones.

Mientras tú improvisabas excusas.

Tus colmillos traicioneros engañándome a la cara:

«No me acuerdo», acordándote.

«Todo era verdad», mintiendo hasta el final.

«No te vayas, por favor», pero ya me había marchado.

En mis ojos, diamantes.

Fue quitármelos y todo se esfumó.

Sólo en mis ojos, por siempre ciegos.

[...]

Es sangrante.

Yo construía mientras tú te habías ido.

Catorce años echados por la borda.

Catorce años como un tañido tocando a muerto.

Duele de tal manera que no hay palabras para expresarlo.

Porque esta carta es un diario,

un delirio,

un expurgo.

[...]

Todo su dolor es real.

[...]

Y confieso sin rubor: a veces te sueño.

No a ti, claro, sino a aquella que creí que eras.

Y con ella comparto largas conversaciones, como antaño.

Y con ella atravieso callejones luminosos.

Y con ella tengo sexo en el hotel Chelsea, de Nueva York, donde aman las estrellas.

A veces te sueño y tu mirada vuelve a ser confiable.

Y por un momento recupero un sentimiento perdido.

Luego, despierto.

Y regresa el naufragio de tu persona.

En la realidad donde tú vuelves a ser tú, el muladar que eres, y no aquella con quien sueño.

[...]

Aunque ambos mueran, el escorpión pica al elefante.

Lo que aquí se perdió fue destruido para siempre.

¿Cómo pudiste?

¡Cómo pudiste!

Cautivo de la autocompasión, yazco rehén de mi propia emboscada.

Condenado a olvidar el color de la reciprocidad.

Condenado a recordar tus estruendosos embustes:

«Sólo quiero hacerte el amor», dos días antes de acostarte con otro.

«Deseo disfrutar de nuestro momento dulce sin sobresaltos», un día antes.

«Buenas vacaciones, amor».

[...]

¡Cómo pudiste!

¡Cómo pudiste!

¡Qué dolor!

Ningún ángel cayó desde tan alto.

Aún caigo.

[...]

Y te escribo ahora directamente a ti, no a aquella que creí que eras.

Al monstruo amoral, mezquino y traicionero que te habita.

A la lamprea sin responsabilidad afectiva que aconteces.

Al estrato muerto cuyo nombre es sinónimo de soledad.

Cuyo tacto es una herramienta de ausencia.

Tu aliento es viento corrompido.

Tu corazón, una fábrica de hielo.

Nunca volveré a confiar en ti.

En tus palabras, lo bueno es malo.

¿Amor?

Haces de esa palabra una burla macabra.

Una sustancia cancerígena.

Amianto.

[...]

Ojalá no existieses.

[...]

Ojalá existieses.

[...]

Esta carta no tiene receptor.

Estas cenizas no van a ser enviadas.

Estas letras ensimismadas sólo podrían descifrarlas dos personas.

Quien podría enternecerse no existe.

Quien las escribe se arrancó los ojos.

[...]

Fue quitármelos y todo se esfumó (verdad).

[...]

Llevo muchos días sin llorar (mentira).

[...]

Todo este dolor es real (verdad).

[...]

Esta carta es teratología.

Sus letras levantan un artesanado de sangre.

Alimento para la lamprea.